

VARIABLES SIGNIFICATIVAS EN LAS RELACIONES VIOLENTAS EN PAREJAS JÓVENES: UNA REVISIÓN

Itxaso González-Ortega, Enrique Echeburúa y Paz de Corral
Universidad del País Vasco (España)

Resumen

La violencia en las parejas jóvenes es un precursor de la violencia en las parejas adultas. En las parejas jóvenes la violencia suele ser psicológica, plantearse de forma sutil y ser menos grave que en las parejas en la vida adulta. Por lo que se refiere a los agresores, la violencia es más frecuente cuando hay ciertas variables de personalidad anómalas (impulsividad alta, irascibilidad, ausencia de empatía, baja autoestima), ciertas alteraciones psicopatológicas (abuso de alcohol y drogas, celos patológicos), actitudes positivas hacia la violencia y experiencias previas de violencia en relaciones de pareja anteriores. Respecto a las víctimas jóvenes, éstas tienen más probabilidad de serlo si hay un emparejamiento temprano, si tienen ciertos déficits psicológicos (una baja autoestima, carencias afectivas o problemas de asertividad), si carecen de una red familiar y social de apoyo, si adoptan conductas de riesgo y se mueven en un entorno de toxicómanos. El reto actual más importante de la investigación es conocer el peso específico de estos factores, así como establecer programas de prevención eficaces.

PALABRAS CLAVE: *Violencia en la pareja, parejas jóvenes, relaciones de pareja.*

Abstract

Intimate partner violence in young couples is a predictor of future violence in older couples. Among young couples violence tends to be emotional (non physical) and it is more subtle and less severe than in older couples. As far as young aggressors are concerned, violence is more frequent when they have an abnormal personality (high impulsiveness, anger, lack of empathy, low self-esteem), mental disorders (alcohol and drug abuse, pathological jealousy), positive attitudes towards violence and violence experiences in prior couple relationships. Regarding victims, young women can become victims more easily if they get engaged early in their teens, if they have some psychological deficits (such as a low self-esteem, emotional deprivation or lack of assertiveness), if they lack

familiar or social support, if they are involved in risky behaviors or in a drug addicts atmosphere. The most important current challenges for further research are to determine the specific weight of these factors, as well as to implement effective prevention programs.

KEY WORDS: *Intimate partner violence, young couples, couple relationships.*

Introducción

En la actualidad se conocen bastantes aspectos sobre la violencia contra la pareja en la edad adulta, pero esta línea de investigación es todavía incipiente por lo que se refiere a las agresiones durante el noviazgo (Corral y Calvete, 2006; Trujano y Mata, 2002).

El estudio de las conductas violentas en las relaciones de pareja juveniles es de gran relevancia, no sólo por su alarmante tasa de prevalencia y sus consecuencias en la salud física y mental de las víctimas, sino también porque se producen en una etapa de la vida en la que las relaciones románticas están empezando y donde se aprenden pautas de interacción que pueden extenderse a la edad adulta. Por ello, la violencia, más o menos sutil, en las parejas jóvenes puede ser un precursor de una violencia mucho más grave en las relaciones posteriores de la vida adulta (Coker, Smith, McKeown y King, 2000; Werkerle y Wolfe, 1999).

Muchos adolescentes y jóvenes no prestan la atención debida a la violencia contra la pareja por creer que se trata de un problema que afecta a parejas adultas de una larga evolución y que no constituye una amenaza para ellos en las primeras fases de la relación. Sin embargo, durante el noviazgo son muchas las parejas jóvenes que ya se enfrentan a situaciones anómalas de violencia que poco tienen que ver con el amor o con las expectativas de una relación en sus inicios. De hecho, la violencia suele instalarse en las relaciones de forma gradual, es decir, no suele surgir habitualmente de forma espontánea o brusca durante el matrimonio o cuando las relaciones son ya estables. En este sentido, el pronóstico para las parejas de novios que viven una relación violenta no es nada favorable porque la violencia, una vez puesta en marcha, tiende a continuar e incluso a agravarse posteriormente, cuando la pareja cuenta ya con unos lazos institucionales (Barilari, 2007; Echeburúa y Corral, 1998).

La violencia en las parejas jóvenes, al igual que ocurre con la violencia contra la pareja en adultos, incluye diversas formas de maltrato (psíquico, físico o sexual) y puede manifestarse desde las formas más leves hasta las más extremas (asesinato). Sin embargo, generalmente las consecuencias no son tan graves como en el caso de la violencia contra la pareja en adultos (Barnett, Miller-Perrin y Perrin, 1997; Sousa, 1999).

El tipo de comportamientos abusivos empleados por los agresores en las relaciones de noviazgo (empujones, gritos, burlas o insultos) tienden, en general, a ser atribuidos por las víctimas a arrebatos pasajeros que no identifican propiamente como conductas violentas. De hecho, las adolescentes no suelen percatarse cuando son víctimas de maltrato y, por ello, desconocen el riesgo de continuar la relación de pareja con un chico maltratador (Barilari, 2007).

El problema se agrava cuando la violencia se expresa en forma de maltrato emocional (amenazas de acabar con la relación, chantajes emocionales, descalificaciones, conductas controladoras y/o celos excesivos). Al no haber en estos casos violencia física, las adolescentes pueden quitar importancia a estas conductas y no percibir las como el inicio de una escalada de la violencia (Hernando, 2007; Barilari, 2007).

Por último, es difícil entender la permanencia de las víctimas en una relación de noviazgo violenta, cuando, en principio, no hay una convivencia consolidada ni unos lazos institucionales establecidos tan sólidos como, por ejemplo, en las parejas casadas. En el caso de éstas, las víctimas pueden sentirse incapaces de escapar del control de los agresores, al estar sujetas a ellos por la dependencia económica o emocional, el aislamiento familiar y social, la existencia de hijos pequeños, así como por distintos tipos de vínculos legales o sociales. Asimismo la presión familiar o social o la percepción de una falta de alternativas de vida futura pueden también encadenar a las víctimas a los agresores (Echeburúa, Amor y Corral, 2002).

Aun no existiendo estas circunstancias en las parejas jóvenes, la ruptura de una relación violenta puede ser más complicada de lo que parece. La permanencia en la relación en estos casos podría explicarse por la inmadurez emocional de algunas mujeres, por la convulsión pasional del noviazgo, que puede nublar la razón en algunas circunstancias, por las expectativas idealizadas del amor y de una pareja estable y por los sesgos cognitivos en relación con la pareja, así como por la presencia de creencias y actitudes conservadoras sobre los roles tradicionales y modelos sexistas para disculpar la violencia (Díaz-Aguado, 2005; Hernando, 2007).

El objetivo de este artículo es hacer una revisión de la bibliografía relacionada con la investigación sobre los posibles factores de riesgo, tanto para los agresores como para las víctimas, de la violencia contra la pareja durante el noviazgo, así como detectar algunas señales de alarma que puedan advertir a las jóvenes que se encuentran en una relación de maltrato incipiente.

Ideas disfuncionales sobre el amor y la pareja en los jóvenes

En las primeras relaciones amorosas de los adolescentes es donde van a formarse sus ideas iniciales sobre lo que cabe esperar de una relación de pareja y sobre la manera de comportarse en la intimidad, lo que va repercutir en sus vivencias de la etapa adulta (Dion y Dion, 1993; Furman y Flanagan, 1997).

Para algunos jóvenes enamorarse significa haberse topado con su *alma gemela*. Al margen de que normalmente nos atraen aquellas personas con las que tenemos mayor afinidad en cuanto a sentido de la estética, ideales, aficiones, filosofía de la vida, etcétera, también es posible descubrir en el otro rasgos que nos parecen indeseables. El problema es cuando estos atributos negativos se malinterpretan. Es el caso, por ejemplo, de los celos o del control exagerado, que para muchas adolescentes son síntomas de amor y preocupación por la pareja y no los ven como el posible inicio de un problema serio (González y Santana, 2001; Hernando, 2007).

De hecho, entre los adolescentes a menudo se observan algunas ideas disfuncionales sobre el amor y las relaciones de pareja, así como una excesiva idealización del amor (Informe de la Comisión para la Investigación de Malos Tratos a Mujeres, 2005) (tabla 1).

Tabla 1
Ideas disfuncionales sobre el amor y la pareja en jóvenes

- Sólo puedo ser feliz y contar con cariño en mi vida si tengo una pareja.
- Una persona puede quererme y, al mismo tiempo, hacerme sufrir o tratarme mal.
- Los celos de mi pareja son una señal de que me quiere y de que le importo mucho.
- Si él/ella tiene atractivo sexual y/o reconocimiento social, voy a ser feliz con él/ella.
- Si le quiero, puedo pasar por alto ciertas conductas controladoras (móvil, ropa, salidas, etc.), enfados injustificados o comportamientos vejatorios (gritos, humillaciones, etc.).
- Cuando vivamos juntos, dejaré de ser celoso y le ayudaré a controlar la bebida.
- Algún día cambiará porque, en el fondo, es *buena persona*.
- La fuerza del amor lo puede todo. Él es el amor de mi vida. A pesar de todo, lo quiero y me quiere.

Cuando las agresiones se dan a edades tempranas, las víctimas carecen de una experiencia que les permita realizar una valoración adecuada de lo que sucede. Es más, el deseo de control o incluso la violencia verbal pueden iniciarse de forma sutil o ser justificados como una forma de cariño por el agresor de forma que la víctima se sienta desorientada. Además, el arrepentimiento mostrado inicialmente por los hombres violentos contribuye a reforzar la permanencia de la víctima en la relación, haciéndole creer que la situación puede mejorar si se pone mayor empeño, pero, en realidad, lo que hace es aumentar la probabilidad de aparición de nuevas agresiones. Todo ello no es sino un reflejo del ciclo de la violencia (Walker, 1984).

Tras sufrir las primeras agresiones, las víctimas necesitan justificar por qué no rompen la relación. La creencia de que el amor lo puede todo y de que con el tiempo todo mejorará salva la disonancia cognitiva y lleva a algunas jóvenes a considerar que sus esfuerzos conseguirán resolver los problemas surgidos. Sin embargo, intentar satisfacer las demandas de los agresores no sólo no garantiza el cese de la violencia, sino que contribuye a reforzar sus exigencias y a mantener una relación potencialmente destructiva (González y Santana, 2001).

Hay ciertas señales de alarma que denotan un riesgo alto de estar implicado en una relación de pareja violenta (Alapont y Garrido, 2003) (tabla 2).

Tabla 2
Señales de alarma de una relación de pareja violenta

Señales de alarma en el agresor	Señales de alarma en la víctima
<ul style="list-style-type: none"> • Intenta reiteradamente controlar la conducta de la pareja. • Se muestra posesivo con la pareja. • Es extremadamente celoso. • Aísla a la pareja de familiares y amigos. • Muestra conductas humillantes o actos de crueldad hacia la víctima. • Recurre a las amenazas o a la intimidación como medio de control. • Presiona a su pareja para mantener relaciones sexuales. • Culpa a la víctima de los problemas de la pareja. • Minimiza la gravedad de las conductas de abuso. • Tiene cambios de humor imprevisibles o accesos de ira intensos, sobre todo cuando se le ponen límites. • Su autoestima es muy baja. • Tiene un estilo de comportamiento violento en general. • Justifica la violencia como una forma de resolver los conflictos. • Se muestra agresivo verbalmente. • Responsabiliza a otras personas por sus problemas o dificultades. • Manifiesta creencias y actitudes sobre la subordinación de la mujer al hombre. • Cuenta con una historia de violencia con parejas anteriores. • Tiene un consumo abusivo de alcohol y drogas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Tiene cambios en el estado de ánimo que antes no tenía. • Muestra actualmente una baja autoestima. • Se siente rara, con problemas de sueño, nerviosismo, dolores de cabeza, etc. • Se muestra confusa e indecisa respecto a la relación de pareja. • Experimenta sentimientos de soledad. • Se aísla de amigos y familiares o carece de apoyo social. • Miente u oculta a sus padres o amigos conductas abusivas de su pareja. • Muestra señales físicas de lesiones: marcas, cicatrices, moratones o rasguños. • Le cuesta concentrarse en el estudio o en el trabajo. • Tiene conciencia de peligrosidad (temor sobre nuevos episodios de violencia). • Ha sufrido violencia en relaciones de pareja anteriores. • Tiene un consumo abusivo de alcohol y drogas.

Tasas de prevalencia de la violencia de pareja entre jóvenes

Las tasas de prevalencia de conductas violentas en las parejas jóvenes son muy variables de unas investigaciones a otras y oscilan entre un 9% y un 38% del total. En unos estudios se considera sólo la violencia física (DeMaris, 1992); en otros, en cambio, se incluye también la violencia psíquica (por ejemplo, las amenazas, las humillaciones y las conductas controladoras) (Halpern, Oslak, Young, Martin y Kupper, 2001). En general, la frecuencia de la violencia en parejas jóvenes es de 2 a 3 veces mayor que en las parejas adultas casadas, pero sus consecuencias no son generalmente tan graves (Caruana, 2005; Straus, 2004).

En cuanto a los diferentes grupos de edad, la victimización física y sexual es relativamente baja en los chicos y chicas de 12 a 15 años, pero aumenta a medida que avanza la edad. En concreto, existen comportamientos violentos de pareja crecientes en la población universitaria, que pueden llegar a afectar hasta el 20% del total de parejas (Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary y González, 2007).

Por lo que se refiere al tipo de agresión, el 90% de los adolescentes han admitido haber agredido a su pareja verbalmente; la agresión física, sin embargo, suele ser menos frecuente entre las parejas adolescentes. Un aspecto de interés es la presencia creciente de la violencia recíproca (un 5,9% de los hombres y un 4,4% de las mujeres). Asimismo un número indeterminado de adolescentes admiten la existencia de agresiones sexuales en sus relaciones de pareja (Muñoz-Rivas *et al.*, 2007).

Respecto a la violencia contra la pareja más grave (el asesinato de la víctima), las mujeres con una edad comprendida entre 25 y 34 años son las que han sufrido más asesinatos a manos de sus parejas o ex parejas (30,88%) en España durante 2007. Por otro lado, el 18,3% de los agresores (varones) también eran menores de 30 años. (Informe del Centro Reina Sofía, 2007; Instituto de la Mujer, 2007) (tablas 3 y 4).

Tabla 3
Víctimas de violencia mortal en parejas jóvenes (2007)*

	Nº de casos	Porcentaje	Prev. por millón
Entre 15 y 24 años	4	5,88	1,58
Entre 25 y 34 años	21	30,88	5,61
Entre 35 y 44 años	15	22,06	4,15
Entre 45 y 54 años	10	14,71	3,32
Entre 55 y 64 años	7	10,29	2,85
Más de 64 años	11	16,68	2,53
Edad desconocida	4	-	-
Total	72	100	3,66

* Fuente: Centro Reina Sofía.

Tabla 4
Víctimas y agresores de violencia mortal en parejas jóvenes (1999-2007)*

Mujeres muertas por violencia de género a manos de su pareja o ex-pareja									
	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007
Menor de 16	1	0	0	0	0	3	0	0	0
16 - 17	1	1	0	2	1	1	1	0	0
18 - 20	2	2	0	2	0	5	4	2	2
21 - 30	9	15	18	16	16	13	14	15	18
31 - 40	17	26	18	11	27	17	15	27	16
41 - 50	6	8	5	6	15	9	10	9	15
51 - 64	3	7	5	7	4	11	3	5	10
Mayor de 64	6	4	4	9	7	11	10	10	10
Desconocida	9	0	0	1	1	2	1	0	0
% < 30	24%	28,57%	36%	37%	23,94%	30,5%	32,7%	25%	28,16%
Total	54	63	50	54	71	72	58	68	71
Autores (varones) de delitos de homicidio/asesinato sobre su pareja o ex-pareja									
	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007
Menor de 16	0	0	0	0	0	0	0	0	0
16 - 17	0	1	0	0	0	1	0	0	0
18 - 20	0	1	0	0	0	2	0	3	0
21 - 30	7	7	9	10	7	14	14	9	13
31 - 40	19	19	17	14	24	17	14	24	20
41 - 50	9	14	9	11	16	13	12	14	16
51 - 64	8	6	5	5	11	6	4	6	9
Mayor de 64	4	7	6	11	7	15	9	12	12
Desconocida	7	8	4	3	5	4	5	0	1
% < 30	12,96%	14,28%	18%	18,5%	10%	47,2%	24,13%	17,64%	18,3%
Total	54	63	50	54	70	72	58	68	71

* Fuente: Instituto de la Mujer.

Tipos de violencia en las parejas jóvenes

La violencia en las parejas jóvenes puede adoptar muchas formas, incluyendo la violencia psicológica, física o sexual. Estos tipos de violencia pueden darse conjuntamente o por separado y aparecer tanto si ha transcurrido mucho como poco tiempo desde el comienzo de la relación (Center for Disease Control, 2006).

La agresión verbal —la más habitual— tiende a considerarse como una práctica *normalizada* en las relaciones de parejas jóvenes. La violencia psicológica en estos casos reviste la forma de actitudes de hostilidad o menosprecio, amenazas, humillaciones, celos exagerados y conductas de control o de acoso, que tienden a socavar la autoestima de la víctima (O'Leary y Slep, 2003; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007).

En general, la gravedad de la violencia suele ser menor que en el caso de las parejas adultas. Pero cuando se analizan las parejas maltratadas en busca de ayuda terapéutica, las parejas más jóvenes experimentan un maltrato objetivamente más grave, están expuestas a un mayor riesgo para su integridad y sufren un mayor impacto psicológico que las víctimas de mayor edad (Sarasa, Zubizarreta, Echeburúa y Corral, 2007).

Por último, la violencia psicológica en las parejas jóvenes tiene un carácter predictivo de la agresión física posterior, cuando la pareja está ya más consolidada institucionalmente (piso compartido, boda, hijos, etcétera) (González y Santana, 2001, 2002; Swart, Garth y Ricardo, 2002).

Perfil diferencial de la violencia en las parejas jóvenes en función del sexo

Como en otros ámbitos de la vida social, los hombres tienden a ser más violentos que las mujeres en las relaciones de pareja. Sin embargo, estas diferencias tienden a reducirse en las parejas más jóvenes. En realidad, hay más mujeres agresoras en la adolescencia y en la juventud que en la edad adulta. Además, se comienza a observar, especialmente cuando hay un consumo abusivo de alcohol y drogas, un tipo de violencia recíproca que se caracteriza por ser de mayor gravedad y frecuencia. En uno y otro sexo la ira es la emoción facilitadora de las conductas violentas (Medeiros y Straus, 2006; O'Keefe, 1997).

A un nivel cualitativo, la violencia psicológica (celos, conductas de control, humillaciones, etcétera), a diferencia de la física, es más frecuente en las chicas que en los chicos (Archer, 2000; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007). Sin embargo, por lo que se refiere a la violencia sexual, ésta es mucho mayor en el caso de los chicos. Así, el 13%-17% de los chicos, en comparación con el 3%-8% de las chicas, ha cometido algún tipo de abuso sexual en la relación de pareja (O'Keefe, 1997; Schwartz, O'Leary y Kendziora, 1997).

En general, los chicos agreden a su pareja principalmente con objeto de dominarla, es decir, para ejercer un control sobre ella; en el caso de la mujer, por el contrario, la violencia suele ser un acto de autodefensa, un desahogo en un momento emocional de intensa ira o una respuesta ante una acción inadecuada por parte del chico (por ejemplo, una conducta de infidelidad) (Foshee, Bauman, Linder, Rice y Wilcher, 2007). Ahora bien, los hombres, a diferencia de las mujeres, tienden a infravalorar su propia agresión, mientras que las mujeres suelen sobrevalorar lo ocurrido y sentirse, por ello, culpables (Jackson, 1999).

Indicadores de riesgo en los agresores

La normalización de la violencia hoy en día es preocupante en la población joven puesto que el comportamiento violento se ha convertido en una forma relativamente habitual de relacionarse con las demás personas (Díaz Aguado, 2004). Hay, sin embargo, algunas características que están especialmente vinculadas a la violencia.

Características demográficas

Al estar la violencia de pareja muy generalizada, es difícil establecer un perfil demográfico preciso. En cualquier caso, el riesgo de violencia es mayor entre chicos que pertenecen a un nivel socioeconómico bajo, que tienen un menor nivel educativo, que son inmigrantes no adaptados y que viven en un entorno urbano (Rennison y Welchans, 2000).

Dimensiones de personalidad e interpersonales y sesgos cognitivos

Hay algunas variables de personalidad que hacen más probable la adopción de conductas violentas por parte del agresor, como la impulsividad, la irascibilidad, la rigidez, la desconfianza, la alexitimia y la ausencia de empatía. La baja autoestima puede desempeñar también un papel importante. En cierto modo, la violencia contra la pareja es una violencia por compensación: el agresor intenta vencer sus frustraciones con quien tiene más a su alcance.

En otros casos la violencia en la pareja puede estar asociada a un déficit de habilidades sociales, a celos patológicos o a trastornos de personalidad, como la psicopatía, una dependencia emocional excesiva o el trastorno límite de personalidad. Los hombres muy dependientes pueden ser violentos porque tienen horror al vacío si no dominan a su pareja o si ella les abandona.

A nivel cognitivo, las atribuciones negativas sobre la pareja, sobre todo cuando vienen precedidas de una infancia desgraciada o de experiencias de pareja anteriores vividas con amargura, están también relacionadas con la perpetración de la violencia (Díaz Aguado, 2006; Medeiros y Straus, 2006; Silva, 2007).

Variables psicopatológicas

El abuso de alcohol y drogas, en la medida en que actúa como un factor desinhibidor, es una variable predictora de la violencia de pareja entre los adolescentes. Algunas otras alteraciones psicopatológicas, como la ansiedad, la depresión o el trastorno de estrés postraumático, pueden manifestarse en forma de irritabilidad y, si median actitudes negativas hacia la pareja, transformarse en conductas violentas (Lorber y O'Leary, 2004; Medeiros y Straus, 2006).

Actitudes hacia la violencia

Las creencias y actitudes más tolerantes hacia la violencia contra las mujeres constituyen uno de los factores de riesgo para la ocurrencia del maltrato en la pareja. Existen dos condiciones de riesgo de especial relevancia: la tendencia a justificar y reproducir los modelos sexistas y violentos con los que se ha convivido durante la infancia y la adolescencia; y el desequilibrio de poder existente entre los hombres y las mujeres, a partir del cual se crean y perpetúan los estereotipos vinculados al género (O'Keefe, 1998; Heise y García-Moreno, 2002).

Las chicas tienden a rechazar en mayor medida el uso de la violencia. Los chicos, sin embargo, justifican y aprueban el uso de la violencia contra sus parejas. Es más, muchos hombres minimizan la violencia de género e incluso hasta un 10% o un 15% de los chicos consideran que la víctima de la violencia es en parte culpable de la situación que sufre (Díaz-Aguado, 2003; Markowitz, 2001).

Las creencias más conservadoras sobre los roles tradiciones hombre/mujer están relacionadas con la tendencia de los varones a ejercer la violencia y a culpar a las mujeres por la violencia sufrida y la de las mujeres a legitimar —o, al menos, disculpar— las actitudes y comportamientos de los agresores (Mullender, 2000; Yanes y González, 2000).

Estilo de comportamiento violento como forma de resolución de conflictos

Entre los jóvenes existe la creencia, sobre todo entre los chicos, de que el uso de la violencia (amenazas, empujones, humillaciones, etcétera) es algo aceptable y esperable en la resolución de los conflictos interpersonales (Medeiros y Straus, 2006; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007).

Las razones que llevan a los jóvenes a comportarse de forma agresiva son, especialmente, la violencia en la familia y en la sociedad y la exposición a la violencia en los medios de comunicación (especialmente la televisión), así como la incapacidad de resolución de conflictos. Todo ello facilita la adopción de actitudes favorables a la violencia (Silva, 2007).

El ejercicio de la violencia en el ámbito escolar puede predisponer al desarrollo posterior de la violencia de género. En uno y otro caso los agresores se ven reforzados en su función social, tienen amigos que ejercen la violencia y atribuyen la violencia al papel desempeñado por las víctimas (Díaz-Aguado, Martínez Arias y Martín Seoane, 2004).

Experiencias previas de violencia

Las experiencias previas de violencia facilitan el desarrollo ulterior de un estilo de vida violento. Entre ellas se incluyen la exposición en la infancia a la violencia entre los padres, el haber sido víctima de maltrato o de abuso sexual infantil o el haber ejercido la violencia con parejas anteriores.

La *exposición a un contexto familiar violento*, en donde habitualmente el agresor es el padre y la agredida la madre, es uno de los factores predictivos de la violencia de pareja en los jóvenes. Los chicos aprenden que la violencia es una forma de salirse con la suya y las chicas que sufrir la violencia es inevitable en la relación con los hombres (National Center for Injury Prevention and Control, 2005).

Por otro lado, haber sufrido *malos tratos o abuso sexual durante la infancia* en la familia de origen constituye un factor predictivo respecto a la futura violencia de pareja. A menudo el daño emocional severo causado a los niños maltratados físicamente o abusados sexualmente no se refleja hasta la adolescencia, o incluso más tarde, cuando estos niños se convierten en padres, novios o maridos violentos y comienzan a maltratar a sus novias, parejas o hijos (Kakar, 1998; Lorber y O'Leary, 2004; Medeiros y Straus, 2006).

Sin embargo, existen factores que desempeñan un papel protector para los sujetos que han visto o sufrido directamente la violencia en sus familias. El pronóstico es más favorable para aquellas personas que poseen cualidades que les permiten desarrollar una imagen positiva de sí mismas. Así, por ejemplo, la vulnerabilidad es menor en jóvenes con una autoestima adecuada, con un rendimiento académico satisfactorio o con unas buenas habilidades sociales. Ello explica probablemente por qué no siempre hay relación entre haber presenciado o sufrido violencia parental física o sexual durante la infancia y ejercer posteriormente violencia contra la pareja en la vida adulta. De hecho, en diversos estudios de nuestro grupo sólo un tercio de los hombres violentos contra la pareja tenían antecedentes de maltrato infantil o de exposición a la violencia en la familia de origen (Echeburúa, Fernández-Montalvo y Amor, 2003; Fernández-Montalvo y Echeburúa, 1997; Fernández-Montalvo, Echeburúa y Amor, 2005).

La *práctica de la violencia en relaciones de parejas anteriores* es un factor de riesgo para las relaciones futuras. Cuando una persona ha hecho un hábito del uso de la violencia contra la pareja y ha obtenido satisfacciones por ello (salirse con la suya, reafirmar su autoridad, ejercer el control, etcétera), es muy probable que aplique estas mismas estrategias en relaciones futuras. De hecho, haber sido violento con una pareja anterior es el predictor más potente de violencia en una relación futura, mucho más que las experiencias habidas en la infancia (Cano, Avery-Leaf, Cascardy y O'Leary, 1998).

Educación parental

El tipo de educación parental recibida por el niño desempeña un papel importante en las relaciones de pareja establecidas en el futuro. Cuando hay una relación pobre entre los padres y los niños/adolescentes, cuando los padres no están apenas implicados en la educación de los hijos y cuando hay una inestabilidad familiar grave, aumenta considerablemente la probabilidad de implicarse en relaciones de pareja violentas en el futuro. En estos casos ha habido un fracaso en el papel de los padres respecto al modelado de una relación de pareja gratificante, respecto al desarrollo de la empatía y respecto a la modulación de los impulsos agresivos (National Center for Injury Prevention and Control, 2005).

Entre los principales antecedentes familiares de los agresores suelen destacarse la ausencia de una relación afectiva cálida y segura por parte de los padres, así como la dificultad de éstos en el establecimiento de límites, combinando la permisividad ante conductas antisociales con el frecuente empleo de métodos coercitivos autoritarios (el castigo físico, por ejemplo). Estas variables deben ser destacadas como una condición de riesgo para la violencia en general, incluyendo el acoso escolar y la violencia de género (Díaz Aguado, 2006).

Respecto a las diferencias entre sexos, entre los factores que llevan a las chicas a agredir físicamente a su pareja puede ser significativo el estrés interiorizado acumulado, que puede derivar, a su vez, de la percepción de haber sido menos atendidas por sus padres, de haber recibido una escolarización pobre o de haber sido criadas por uno solo de los progenitores (Chase, Treboux y O'Leary, 2007).

Indicadores de riesgo en las víctimas

Ciertas víctimas tienden a serlo en ocasiones repetidas. Ello plantea la conveniencia de analizar los factores de riesgo de victimización.

Características demográficas

En general, la frecuencia y la gravedad (incluido el asesinato) de la violencia de pareja son mayores en las chicas que en los chicos. Además, las consecuencias de la agresión para la salud son mucho más severas y negativas para las mujeres (Straus, 2004). Sin embargo, cuando un chico es víctima de una relación de pareja violenta, la victimización psicológica puede ser mayor, lo que tiene que ver con un mayor deterioro de la autoestima y con una mayor vergüenza social (Goldstein, Chesir-Teran y McFaul, 2008).

Por lo que se refiere al nivel cultural y socioeconómico, la violencia de pareja se da más en chicas con un nivel bajo de escolarización y con dificultades económicas. La falta de formación académica limita las posibilidades de empleo y favorece las relaciones de dependencia con los chicos, que, a su vez, pueden ser un caldo de cultivo para las relaciones violentas. Un bajo nivel de escolaridad puede asimismo dificultar la adquisición de estrategias de afrontamiento adecuadas para relacionarse con los chicos en un plano de igualdad. A su vez, los problemas económicos dificultan la autonomía necesaria para adoptar decisiones de ruptura en los casos necesarios. La condición de mujer inmigrante, sobre todo cuando no cuenta con una red de apoyo familiar y social, aumenta también el riesgo (Muscarì, 2004; The Alabama Coalition Against Domestic Violence, 2005).

Asimismo el emparejamiento temprano, más si va unido a una maternidad prematura (entre los 15 y 20 años) o a una pareja considerablemente mayor, puede interferir negativamente en el desarrollo educativo y profesional de una chica y, de este modo, hacerla menos autónoma y más dependiente de la relación de pareja. Estos factores constituyen un caldo de cultivo adecuado para el desarrollo de conductas violentas en la pareja.

Dimensiones de personalidad e interpersonales

La baja autoestima y los déficit de asertividad constituyen un indicador de riesgo para las víctimas de la violencia de pareja en el noviazgo. Es decir, las personas que no se valoran a sí mismas (se ven poco atractivas, poco inteligentes o poco simpáticas) o que no son capaces de defender sus derechos o de expresar sus iniciativas tienen más dificultades para hacerse querer y respetar por sus parejas. El problema se agrava en estos casos cuando la víctima cuenta con unos roles sociales tradicionales fuertemente enraizados (Howard y Wang, 2003).

Por otro lado, las carencias afectivas y el aislamiento familiar y social también constituyen un factor que aumenta la vulnerabilidad y dependencia de la víctima hacia el agresor. En estos casos el agresor cuenta con una falta de respuesta por parte de la víctima ante sus conductas violentas, bien por déficits psicológicos o por factores de aislamiento (National Center for Injury, Prevention and Control, 2005).

A su vez, los rasgos psicopáticos o provocadores y de impulsividad en la víctima generan un malestar en la relación que pueden desequilibrar emocionalmente al agresor e inducirlo a la adopción de conductas violentas (Roberts, Klein y Fisher, 2003).

Por último, la discapacidad física o psíquica en la mujer propicia una relación de dependencia con la pareja y una sensación de impunidad al agresor, que en algunos casos pueden derivar en comportamientos violentos.

Implicación en comportamientos de riesgo

Algunas conductas de riesgo en las víctimas que se relacionan con la violencia de pareja están referidas al ámbito sexual. En concreto, la edad temprana en el inicio de las relaciones sexuales, la promiscuidad sexual con múltiples parejas y la implicación en prácticas sexuales de riesgo (sin preservativos y sin control anticonceptivo) favorecen la violencia en la relación de pareja (Howard y Wang, 2003).

Otras conductas de riesgo significativas son la pertenencia a pandillas violentas o a grupos cerrados y/o clandestinos (sectas, grupos terroristas, etcétera), así como la exposición reiterada a la violencia en la comunidad (Howard y Wang, 2003; O'Keefe y Treister, 1998).

Variables psicopatológicas

Abusar del alcohol y de las drogas, sobre todo cuando el agresor lo ha hecho también, aumenta el riesgo de victimización de una chica en una relación de pareja, tanto en el ámbito sexual como en el de la relación en general. La disminución de la conciencia o la falta de discriminación de las situaciones de riesgo en estas condiciones facilitan la victimización, así como la implicación en conductas inadecuadas (por ejemplo, a nivel sexual), de las que luego se puede arrepentir (Rivera-Rivera, 2006; Roberts y Klein, 2003).

Ciertas alteraciones psicopatológicas, como la depresión crónica y la dependencia emocional excesiva (Howard y Wang, 2003) o los trastornos de la conducta alimentaria (Ackard y Neumark-Sztainer, 2002), aumentan la probabilidad de convertir a una chica en víctima de una relación de pareja violenta. La depresión y la dependencia emocional denotan una vulnerabilidad mayor y una indefensión en quienes la padecen; por otra parte, los trastornos de la conducta alimentaria pueden generar tal incomprensión e irritación en el agresor que pueden facilitar la conducta violenta.

A su vez, la violencia no hace sino agravar estos problemas preexistentes, crear otras alteraciones, como el trastorno de estrés postraumático, o generar problemas de salud negativos, tales como el dolor crónico, las cefaleas, la fatiga crónica y los trastornos gastrointestinales, que pueden interferir negativamente en la calidad de vida de la víctima (Heise y García-Moreno, 2002; Sarasua *et al.*, 2007).

Experiencias previas de violencia

La *exposición a la violencia parental en la infancia* como testigo o como víctima directa (maltrato físico/emocional o abuso sexual) es un factor predictivo de victimización violenta en las relaciones de parejas jóvenes (Díaz Aguado y Martínez Arias, 2001; Echeburúa, Corral, Amor, Sarasua y Zubizarreta, 1997). Concretamente, por lo que a estas mujeres se refiere, se produce en la infancia una falta de desarrollo de los mecanismos protectores y el aprendizaje vicario de la indefensión y de la desesperanza. No obstante, sólo un 20% de las mujeres víctimas de violencia contra la pareja tiene antecedentes de maltrato infantil o de exposición a la violencia en la familia de origen (Echeburúa *et al.*, 1997).

Por último, pero no menos importante, los *antecedentes de maltrato en relaciones de parejas anteriores* constituyen un factor de riesgo de revictimización en relaciones futuras. Es decir, haber sido víctima de violencia de pareja incrementa la posibilidad de implicarse de nuevo en una relación abusiva (Rickert y Wiemann, 1998). En estos casos, en donde la mujer puede actuar como un *imán* para atraer a futuros agresores, la revictimización está probablemente en función de la inseguridad adquirida después de una relación de pareja violenta y en el desarrollo de un cierto fatalismo.

Conclusiones

La existencia de violencia en parejas jóvenes es el contrapunto a la creencia de que el noviazgo es necesariamente la etapa *ideal* de una pareja en donde se vive cada momento con intensidad, alegría y pasión (Barilari, 2007). La gravedad de la violencia en esta fase inicial de la relación es que funciona como un precursor de la violencia cuando la relación esté ya más consolidada e institucionalizada.

La violencia empleada por los jóvenes se plantea a veces de un modo sutil, en forma de maltrato emocional (actitudes de hostilidad o menosprecio, amenazas,

humillaciones, celos exagerados y conductas de control), lo que hace que muchas veces la víctima no se considere a sí misma maltratada. Al mismo tiempo, la interiorización de los roles tradicionales de la mujer y la excesiva idealización del amor pueden contribuir al desarrollo de algunas ideas disfuncionales sobre el amor y las relaciones de pareja, de modo que determinados comportamientos inadecuados sean percibidos como síntomas de amor y preocupación por la pareja (Díaz-Aguado, 2005; Hernando, 2007).

La violencia contra la pareja está asociada a una serie de factores de riesgo multidimensionales. Así, por lo que se refiere a los agresores, la violencia es más frecuente cuando presentan ciertas dimensiones de personalidad (impulsividad alta, irascibilidad, ausencia de empatía, baja autoestima), ciertas alteraciones psicopatológicas (abuso de alcohol y drogas, dependencia emocional excesiva, celos patológicos), actitudes positivas hacia la violencia y un estilo de comportamiento violento, así como experiencias previas de violencia, bien en la infancia en el entorno familiar, bien en relaciones de pareja anteriores.

En cuanto a los indicadores de riesgo para las víctimas, éstas tienen una mayor probabilidad de sufrir la violencia si se emparejan de forma temprana y cuentan con pocos recursos económicos y con un nivel bajo de escolarización, si tienen ciertos déficits psicológicos (como una baja autoestima, carencias afectivas o problemas de asertividad), si no disponen de una red familiar y social de apoyo, si adoptan conductas de riesgo (como iniciarse tempranamente en las relaciones sexuales, mostrar conductas de promiscuidad o implicarse en prácticas sexuales de riesgo) y se relacionan con grupos violentos y si abusan del alcohol y de las drogas y se mueven en un entorno de toxicómanos, lo que propicia la aparición de una violencia recíproca. La probabilidad de riesgo aumenta cuando la víctima ha estado expuesta a la violencia en la infancia o cuando ha sido víctima de violencia en relaciones de pareja anteriores.

El punto de máximo riesgo físico para la mujer (el intento de asesinato) puede ser el momento de la separación, cuando la mujer se rebela y cuando él se da cuenta de que la separación es algo inevitable. El riesgo aumenta cuando ha habido en la relación violencia física y un aumento de la frecuencia de los sucesos violentos, cuando ha habido amenazas de muerte y cuando el hombre es muy impulsivo, muestra una dependencia patológica de la pareja, abusa del alcohol y de las drogas y tiene un historial de depresión o de intentos de suicidio (Echeburúa, Fernández-Montalvo y Corral, 2008).

La investigación futura debe centrarse en conocer el peso específico de estos indicadores de riesgo, tanto a nivel de los agresores como de las víctimas. Sólo así se podrán establecer actuaciones de detección precoz eficaces y estrategias de prevención focalizadas en objetivos concretos.

El reto actual más importante es la prevención de la violencia de pareja, especialmente entre las parejas jóvenes. El momento clave, cuando la mujer tiene mayor capacidad de elección, es al comienzo de la relación, cuando se está en la fase de exploración mutua. A veces la intuición, que funciona como un radar, le dice a la mujer que hay algo raro en la relación y algunas señales hacen sonar la alarma. Es entonces cuando una mujer puede conocer, más allá de los sentimientos y de la

pasión del noviazgo (que le puede llevar a no querer ver que existe una realidad negativa al margen de sus deseos), los principios fundamentales del hombre para saber si son compatibles con los suyos (Garrido, 2001; González y Santana, 2001).

En concreto, los programas de prevención de la violencia en las relaciones de pareja adolescentes muestran resultados prometedores (Foshee, Bauman, Arriaga, Helms, Koch y Linder, 1998; Foshee, Bauman, Linder, Benefield y Suchindran, 2004; Hernando, 2007; Wolfe, Wekerle, Scott, Straatman, Grasley y Reitzel-Jaffe, 2003). El contenido de estos programas se ha centrado en la ampliación de los conocimientos sobre la violencia durante el noviazgo y en la modificación de las actitudes que sustentan la violencia en las relaciones de pareja, así como en la reducción de los mitos y falsas creencias en torno a los estereotipos de género. El resultado de todo ello ha sido una mayor capacidad entre los adolescentes para detectar comportamientos de violencia y una actitud más favorable para buscar ayuda en los casos necesarios, así como la mejora en las habilidades de comunicación y resolución de conflictos. Por último, los adolescentes que han participado en este tipo de programas preventivos han reducido su implicación en conductas violentas, tanto en su papel de víctimas como en el de agresores.

Cualquier programa de prevención debe incluir aspectos educativos sobre las diferentes formas de *violencia contra la pareja*, así como la comprensión de las variables asociadas a este tipo de violencia y la detección de los factores de riesgo. Asimismo es necesario desarrollar una *educación igualitaria y no sexista*. Se precisa promover también una *educación basada en valores prosociales* (como el respeto, el amor, la tolerancia el perdón, la responsabilidad, la empatía, etcétera). Y, por último, se trata de enseñar *habilidades de comunicación y de solución de problemas* para desarrollar relaciones saludables, de comunicación y de resolución de conflictos.

Referencias

- Ackard, D.M. y Neumark-Sztainer, D. (2002). Date violence and date rape among adolescents: Associations with disordered eating behaviors and psychological health. *Child Abuse and Neglect*, 26, 455-473.
- Alapont, P. y Garrido, V. (2003). *El infierno de Marta*. Alzira: Algar Editorial.
- Archer, J. (2000). Sex differences in aggression between heterosexual partners: A metaanalytic review. *Psychological Bulletin*, 126, 651-680.
- Barilari, S. (2007). *Noviazgos violentos*. Recuperado el 15 de enero de 2008, desde <http://www.sandrabarilari.blogspot.com.ar>
- Barnett, O.W., Miller-Perrin, C.L. y Perrin, R.D. (1997). *Family violence across the lifespan: An introduction*. Londres: Sage.
- Cano, A., Avery-Leaf, S., Cascardi, M. y O'Leary, KD. (1998). Dating violence in two high school samples: Discriminating variables. *Journal of Primary Prevention*, 18, 431-446.
- Caruana, C. (2005). Family law update: Changes to Federal family law and State domestic violence legislation. *Family Matters*, 70, Autumn, 66-67.
- Center for Disease Control (2006). *Dating abuse fact sheet*. Recuperado el 15 de enero de 2008, desde <http://www.cdc.gov/ncipc/dvp/DatingViolence.htm>.

- Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia. *Estadística sobre violencia familiar (2007)*. Recuperado el 15 de enero de 2008, desde <http://www.gva.es/violencia/>.
- Chase, K.A., Treboux, D. y O'Leary, K.D. (2002). Characteristics of high-risk adolescents' dating violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 17, 33-49.
- CIMTM (Comisión para la Investigación de Malos Tratos a Mujeres) (2005). *Informe de violencia de género en mujeres jóvenes*. Recuperado el 15 de enero de 2008, desde http://www.audem.com/documentos/informe_menores.pdf.
- Coker, A.L., Smith, P.H., McKeown, R. E. y King, M.L. (2000). Frequency and correlates of intimate partner violence by type: Physical, sexual, and psychological battering. *American Journal of Public Health*, 90, 553-559.
- Corral, S. y Calvete, E. (2006). Evaluación de la violencia en las relaciones de pareja mediante las Escalas de Tácticas para Conflictos: estructura factorial y diferencias de género en jóvenes. *Psicología Conductual*, 14, 215-233.
- DeMaris, A. (1992). Male versus female initiation of aggression: The case of courtship violence. En E.C. Viano (dir.), *Intimate violence: Interdisciplinary perspectives* (pp. 111-120). Washington: Hemisphere.
- Díaz-Aguado, M.J. (2004). La violencia en la escuela. En J. Sanmartín (dir.), *El laberinto de la violencia. Causas, tipos y efectos* (pp. 123-136). Barcelona: Ariel.
- Díaz-Aguado, M.J. (2005). Educar para la tolerancia y prevenir la violencia un año después del 11-M. *Cuadernos de Pedagogía*, 344, 54-58.
- Díaz-Aguado, M.J. (2006). Sexismo, violencia de género y acoso escolar. Propuestas para una prevención integral de la violencia. *Revista de Estudios de Juventud*, 73, 38-57.
- Díaz-Aguado, M.J., Martínez Arias, R. y Martín Seoane, G. (2004). *Prevención de la violencia y lucha contra la exclusión desde la adolescencia (Vol. 1). La violencia entre iguales en la escuela y en el ocio. Estudios comparativos e instrumentos de evaluación*. Madrid: Instituto de la Juventud.
- Dion, K.K. y Dion, K.L. (1993). Individualistic and collectivistic perspectives on gender and the cultural context of love and intimacy. *Journal of Social Issues*, 49, 53-69.
- Echeburúa, E., Amor, P.J. y Corral, P. (2002). Mujeres maltratadas en convivencia prolongada con el agresor: variables relevantes. *Acción Psicológica*, 1, 135-150.
- Echeburúa, E. y Corral, P. (1998). *Manual de violencia familiar*. Madrid: Siglo XXI.
- Echeburúa, E., Corral, P., Amor, P.J., Sarasua, B. y Zubizarreta, I. (1997). Repercusiones psicopatológicas de la violencia doméstica en la mujer: un estudio descriptivo. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 2, 7-19.
- Echeburúa, E., Fernández-Montalvo, J. y Amor, P.J. (2003). Psychopathological profile of men convicted of gender violence: A study in the prisons of Spain. *Journal of Interpersonal Violence*, 18, 798-812.
- Echeburúa, E., Fernández-Montalvo, J. y Corral, P. (2008). ¿Hay diferencias entre la violencia grave y la violencia menos grave contra la pareja?: un análisis comparativo. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 8, 355-382.
- Fernández-Montalvo, J. y Echeburúa, E. (1997). Variables psicopatológicas y distorsiones cognitivas de los maltratadores en el hogar: un análisis descriptivo. *Análisis y Modificación de Conducta*, 23, 151-180.
- Fernández-Montalvo, J., Echeburúa, E. y Amor, P.J. (2005). Aggressors against women in prison and in community: An exploratory study of a differential profile. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 49, 158-167.
- Foshee, V.A., Bauman, K.E., Arriaga, X.B., Helms, R.W., Koch, G.G. y Linder, G.F. (1998). An evaluation of safe dates: an adolescent dating violence prevention program. *American Journal of Public Health*, 88, 45-50.

- Foshee, V.A., Bauman, K.E., Linder, G.F., Benefield, T. y Suchindran, C. (2004). Assessing the long-term effects of the safe dates program and booster in preventing and reducing adolescent dating violence victimization and perpetration. *American Journal of Public Health, 94*, 619-625.
- Foshee, V.A., Bauman, K.E., Linder, F., Rice, J. y Wilcher, R. (2007). Typologies of adolescent dating violence. *Journal of Interpersonal Violence, 22*, 498-519.
- Furman, W. y Flanagan, A.S. (1997). The influence of earlier relationships on marriage: An attachment perspective. En W.K. Halford y H.J. Markman (dirs.), *Clinical handbook of marriage and couples interventions* (pp. 179-202). Chichester: Wiley.
- Garrido, V. (2001). *Amores que matan. Acoso y violencia contra las mujeres*. Barcelona: Algar.
- Goldstein, S. E., Chesir-Teran, D. y McFaul, A. (2008). Profiles and correlates of relational aggression in young adults' romantic relationships. *Journal of Youth and Adolescence, 37*, 251-265.
- González, R. y Santana, J.D. (2001). *Violencia en parejas jóvenes. Análisis y prevención*. Madrid: Pirámide.
- Halpern, C.T., Oslak, S.G., Young, M.L., Martin, S.L. y Kupper, L.L. (2001). Partner violence among adolescents in opposite-sex romantic relationships: Findings from the National Longitudinal Study of Adolescent Health. *American Journal of Public Health, 91*, 1679-1685.
- Heise L. y García-Moreno, C. (2002). Violence by intimate partners. En E.G. Krug, L.L. Dahlberg, J.A. Mercy, A.B. Zwi y R. Lozano (dirs.), *World report on violence and health* (pp. 87-121). Ginebra: World Health Organization.
- Hernando, A. (2007). La prevención de la violencia de género en adolescentes. Una experiencia en el ámbito educativo. *Apuntes de Psicología, 25*, 325-340.
- Howard, D.E. y Wang, M.Q. (2003). Risk profiles of adolescent girls who were victims of dating violence. *Adolescence, 38*, 1-14.
- Instituto de la Mujer. (2007). Mujeres en España. Estadísticas. Recuperado el 15 de enero de 2008, desde <http://www.mtas.es/mujer/mujeres/cifras/violencia/index.htm>
- Jackson, S.M. (1999). Issues in the dating violence research: A review of the literature. *Aggression and Violent Behavior, 4*, 233-247.
- Kakar, S. (1998). Domestic abuse: Public policy/criminal justice/approaches towards child, spousal and elderly abuse. San Francisco, CA: Austin & Winfield.
- Lorber, M. F. y O'Leary, K. D. (2004). Predictors of the persistence of male aggression in early marriage. *Journal of Family Violence, 19*, 329-338.
- Markowitz, F.E. (2001). Attitudes and family violence: linking intergenerational and cultural theories. *Journal of Family Violence, 16*, 205-218.
- Medeiros, R.A. y Straus, M.A. (2006). Risk factors for physical violence between dating partners: implications for gender-inclusive prevention and treatment of family violence. En J. Hamel y T. Nicholls (dirs.), *Family approaches in domestic violence. a practitioner's guide to gender-inclusive research and treatment* (pp. 59-85). Nueva York: Springer.
- Mullender, A. (2000). *La violencia doméstica. Una nueva revisión de un viejo problema*. Barcelona: Paidós.
- Muñoz-Rivas, M.J., Graña, J.L., O'Leary, K.D. y González, M.P. (2007). Aggression in adolescent dating relationships: prevalence, justification, and health consequences. *Journal of Adolescent Health, 40*, 298-304.
- Muñoz-Rivas, M.J., Graña, J.L., O'Leary, K.D. y González Lozano, P. (2007). Physical and psychological aggression in dating relationships in Spanish university students. *Psicothema, 19*, 102-107.
- Muscari, M. (2004). Juvenile animal abuse: Practice and policy implications for PNPs. *Journal of Pediatric Health Care, 18*, 15-21.

- National Center for Injury Prevention and Control. (2005). *Intimate partner violence: fact sheet*. Recuperado el 15 de enero de 2008, desde <http://www.cdc.gov/ncipc/factsheets/ipvfacts.htm>.
- O'Keefe, M. (1997). Predictors of dating violence among high school students. *Journal of Interpersonal Violence, 12*, 546-568.
- O'Keefe, M. y Treister, L. (1998). Victims of dating violence among high school students: Are the predictors different for males and females? *Violence Against Women, 4*, 195-223.
- O'Leary, K.D. y Slep, A.M.S. (2003). A dyadic longitudinal model of adolescent dating aggression. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology, 32*, 314-327.
- Rennison, C.M y Welchans, S. (2000). *Intimate partner violence*. Washington, DC: USGPO. NCJ 178247.
- Rickert, V.I. y Wiemann, C.M. (1998). Date rape among adolescents and young adults. *Journal of Pediatric and Adolescent Gynecology, 11*, 167-175.
- Rivera-Rivera, L., Allen, B., Rodríguez-Ortega, G., Chávez-Ayala, R. y Lazcano-Ponce E. (2006). Violencia durante el noviazgo, depresión y conductas de riesgo en estudiantes femeninas (12-24 años). *Salud Publica Mexicana, 48*, 88-96.
- Roberts T.A., Klein, J.D. y Fisher, S. (2003). Longitudinal effect of intimate partner abuse on high-risk behavior among adolescents. *Archives of Pediatrics and Adolescent Medicine, 157*, 875-881.
- Sarasua, B., Zubizarreta, I., Echeburúa, E y Corral, P. (2007). Perfil psicopatológico diferencial de las víctimas de violencia de pareja en función de la edad. *Psicothema, 19*, 459-466.
- Schwartz, M., O'Leary, S.G. y Kendziora, K.T. (1997). Dating aggression among high school students. *Violence and Victims, 12*, 295-305.
- Silva, I. (2007). *La adolescencia y su interrelación con el entorno*. Madrid: Instituto de la Juventud.
- Sousa, C.A. (1999). Teen dating violence: The hidden epidemic. *Family and Conciliation Courts Review, 37*, 356-374.
- Straus, M. (2004). Prevalence violence against dating partners by male and female university students worldwide. *Violence Against Women, 10*, 790-811.
- Swart, L.A., Seedat, M., Stevens, G. y Ricardo, I. (2002). Violence in Adolescents' romantic relationships: Findings from a survey amongst school-going youth in a South African community. *Journal of Adolescence, 25*, 385-395.
- The Alabama Coalition Against Domestic Violence. (2005). *Dating violence*. Recuperado el 15 de enero de 2008, desde <http://www.acadv.org/dating.html>
- Trujano, P. y Mata, E. (2002). Relaciones violentas en el noviazgo: un estudio exploratorio. *Psicología Conductual, 10*, 389-408.
- Walker, L.E.A. (1984). *The battered woman syndrome*. Nueva York: Springer.
- Wekerle, C. y Wolfe, D. A. (1999). Dating violence in mid-adolescence: Theory, significance, and emerging prevention initiatives. *Clinical Psychology Review, 19*, 435-456.
- Wolfe, D.A., Wekerle, C., Scott, K., Straatman, A.L., Grasley, C. y Reitzel-Jaffe, D. (2003). Dating violence prevention with at-risk youth: A controlled outcome evaluation. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 71*, 279-291.
- Yanes, J.M. y González, R. (2000). Correlatos cognitivos asociados a la experiencia de violencia interparental. *Psicothema, 12*, 41-47.